

los Estilitas, la abstinencia de los Pablos, la oracion de los Ambrosios, el poder de hacer milagros de los Taumaturgos? Yo no sé si alguno de vosotros dejaria de rendirse á la predicacion de Francisco, viéndole seguir á los apóstoles en el deseo de amplificar la religion, imitar á los mártires en la ansia de derramar su sangre, acompañar á los confesores en las fatigas de su ministerio, y poseer con las vírgenes la purísima azucena de la castidad. Tengo para mí, sin duda, que por mas protervos que fueseis, le seguiriais á todas partes, le obedeceriais en todas las cosas, y enmendariais la vida.

Pero no penseis, amados míos, que estas victoriosas de Francisco le costaron pocas fatigas y desvelos. Nada ménos: viajó el santo repetidas veces por Italia, atravesó la Francia, anduvo gran parte de España, y en todas partes dejó eternos monumentos de sus trabajos por la conservacion de la fe. Predicó á toda clase de gentes, á moros, á judíos, á herejes, á cristianos. Predicó á sabios, á ignorantes, á grandes y á pequeños. Predicó a mismo papa y á los cardenales: anunció el Evangelio al Soldan de Egipto, atravesando por todo el ejército de los moros, expuesto millares de veces á la muerte. Luchó años enteros con los demonios que le atormentaban con golpes, con espantos y con tentaciones. Le tentó Satanás de vanidad con el aplauso de las gentes; pero el santo se humillaba hasta la tierra. Le tentó de interes ofreciéndole riquezas; pero el santo las reputaba por estiércol. Le tentó de gula, ofreciéndole manjares; pero el santo le vencía ayunando con el mayor rigor. Le tentó con la ambicion proporcionándole dignidades; pero el santo las despreciaba valerosamente. Le tentó tambien y muy porfiadamente en los montes solitarios y en los poblados, con el espíritu de deshonestidad; pero el santo se abrazaba unas veces desnudo con la nieve, otras se revolvía entre las zarzas, y otras se arrojaba intrépido sobre los carbones encendidos. ¿Vencemos nosotros así las tentaciones? ¿Cumplimos el ministerio á que Dios nos destinó á cada uno en su respectivo estado, como el santo cumplió con el que Dios le destinó de reparar la Iglesia? ¡Ay, señores! ¿qué excusa daremos de nuestra flojedad? Vosotros pensaréis, y con razon, que ha desaparecido ya enteramente aquel primitivo estado de Francisco en que le vimos como un jóven para nada, como un hombre reputado por insensato. Creereis sin duda que ya se divisa como un santo de primera

magnitud, en que brillan á competencia la fe mas viva, la esperanza mas cierta, la caridad mas heróica, la fortaleza mas invencible, la castidad mas pura, la prudencia mas justa y el celo mas extendido de mantener la religion. Pero ¡ay! oyentes míos muy amados, que es tal y tan prodigiosa la vida de nuestro seráfico padre san Francisco, que apenas hemos dado las primeras pinceladas en su retrato: aún faltan los colores mas vivos á su imágen: aún faltan prodigios estupendos, maravillas superiores á todo el alcance del entendimiento humano. Escuchad algunas, ya que todas podrán saberse solamente en el juicio universal, en donde nada quedará oculto.

Viendo Francisco que en él se verificaban aquellas palabras del Evangelio: *Ecce mundus totus post eum abiit* (1): que le seguian las gentes, y que todo el mundo iba tras él atraído de su virtud y de sus milagros, medita un famoso proyecto para perpetuar en el mundo su espíritu y sus ejemplos. Retírase á un monte solitario, y allí enardecido como Moisés y Elías en el amor de Dios y de sus prójimos, se dedica todo á la oracion y penitencia. Lloro, clama, suspira, se abrasa, se consume, se derrite con la llama del divino fuego que ardia en su pecho. Allí los éxtasis, los raptos, las elevaciones de su espíritu eran tan vigorosas, que arrebatando tambien su cuerpo por los aires, le subian sobre los árboles mas elevados: allí era el estremecerse los mas robustos troncos al duro golpe de sus crueles disciplinas: allí era matizarse las flores y las yerbas con el carmin de su inocente sangre: allí finalmente, despues de un prolijo ayuno de cuarenta dias, recibió de la mano de Dios la santa regla, y la órden de publicarla. ¿Pero qué regla, señores? Una regla que conteniendo los preceptos y consejos evangélicos, ofrece á sus profesores la paz y la misericordia: una regla cuyas primeras palabras son estas: « Esta es la regla de los frailes « menores, guardar el Evangelio de nuestro señor Jesucristo. » Una regla celebrada de los sumos pontífices con magníficos elogios. Gregorio IX, Nicolao IV, Clemente V y Julio II la llaman libro de la vida, arra de la gloria, medula del Evangelio, llave del paraíso, pacto de reconciliacion eterna.

Una regla que ha santificado millones de almas, que ha establecido la observancia del Evangelio ya amortiguada, que ha

(1) *Joan. c. 12. v. 19.*

despoblado el Egipto del siglo para poblar el desierto y que ha llenado de santos los altares; una regla finalmente, que ha convertido el suelo de la iglesia en el bello recinto de una Jerusalen santificada. Tal como esta, amados míos, es la regla que recibió Francisco del Señor para sus frailes. Tal como esta es la otra regla, que dictó asimismo el divino espíritu para sus monjas: *Sed ecce mundus totus post eum abiit*. Pero viendo todavía Francisco que todo el mundo le seguía, que no todas las gentes podían ni debían abandonar sus estados, empleos y ocupaciones, forma un tercer proyecto para reducir á una disciplina mas exacta las costumbres de los pueblos, y escribe otra tercera regla para una tercera orden, en que sin salir cada uno de su estado, éntre en la clase de los hijos de san Francisco, y consiga observándola la vida eterna. ¡Qué prodigio este, señores, tan nunca visto desde el tiempo de los apóstoles! ¡Qué transmuciones estas tan asombrosas! Los monarcas mas poderosos, sin abandonar el cetro ni la administracion de sus reinos, corren á ser hijos de san Francisco en esta tercera orden. Los príncipes, los duques, los condes, los marqueses, se apresuran á tomar el cordon de san Francisco. Las damas mas ilustres, las princesas mas poderosas, las reinas mismas, las emperatrices se anumeran á la orden de san Francisco: *Ecce mundus totus post eum abiit*. Los viudos, los casados, los solteros, las solteras, las viudas, las casadas, el mundo todo, digámoslo en una palabra, se renueva, se reforma, se mejora con la vida, con la predicación y las reglas de nuestro padre san Francisco. Así le apellidan todos. Nuestro padre san Francisco dicen los tribunales: nuestro padre san Francisco dicen los religiosos de otras órdenes: nuestro padre san Francisco dicen los venerables sacerdotes: nuestro padre san Francisco dicen todos, confesando con esto ingenuamente ser Francisco como un padre universal de todos los vivientes, y como un reparador magnífico de toda la iglesia.

No será difícil creer con lo que acabo de deciros, que consternado el infierno con pérdidas tan estrepitosas, é irritados los monstruos del abismo contra Francisco y sus hijos, pretenderían acabar con él y con su religion á toda costa. Con efecto, oyentes míos, juntáronse en el infierno los demonios en un tumultuoso conciliábulo, y apuraron sus diabólicas astucias aquellos espíritus malignos, excogitando medios y arbitrios para ex-

terminar de la tierra á los que tantos daños les causaban. Reveló Dios á su siervo Francisco estos perniciosos consejos del abismo para que previniese á sus hijos, asegurándole al mismo tiempo de su proteccion, y diciéndole estas formales palabras: « Esta religion es mia, y tomo de mi cuenta defenderla. » Á la verdad la persecucion del infierno fué tan terrible despues de muerto el santo, que ha sido bien necesario el amparo del Señor para no acabarse enteramente. ¡Ay de mí, señores! De solo pensarlo se me estremecen las entrañas. Suponed que al fin hubiera logrado el demonio acabar esta religion, y que el Señor, siempre venerable en sus juicios, le hubiera dado licencia para arrancar hasta las raíces mas profundas de este árbol, que era ya desde sus principios el gozo y la alegría de la iglesia, ¿cuántas pérdidas hubiera padecido la religion y la piedad? ¿Quién hubiera llevado el Evangelio al África, al Asia, á la América? ¿Quién hubiera santificado tantos millones de almas en el Nuevo mundo? ¿Quién hubiera dado tantos pontífices á Roma, tantos cardenales, tantos patriarcas, arzobispos y obispos á las iglesias: tantos mártires á la fe, tantas vírgenes al paraíso, tantos intérpretes á la Escritura, tantos celosos predicadores á los pueblos? Si el demonio hubiera cortado en flor esta hermosa planta, ¡pobres universidades! defraudadas hubierais quedado del esplendor y gloria que os dieron los Ales, los Buenaventuras y otros innumerables. ¡Pobre España! ¡Pobre Francia! ¡Pobre Italia! cuyos herejes y pecadores sentados en las tinieblas de la muerte, no hubieran visto amanecer aquella luz que encendió delante de sus ojos un san Antonio de Padua.

¡Pobre Hungría! Pobre Bohemia! ¿Quién hubiera animado á sus príncipes para promover la empresa de atajar las rápidas corrientes del furor otomano, si no hubiera habido en el mundo un Capistrano? ¡Pobres griegos del siglo XVI! Vuestros errores y division se hubieran perpetuado en el mundo, si no os trajera desde Constantinopla á Ferrara para uniros con la iglesia latina el beato Alberto de Sarciano. El nombre dulcísimo de Jesus no tendria hoy en la iglesia la veneracion que tiene, si hubiera faltado un Bernardino de Sena, el cual sufrió hasta ser acusado de hereje por esta causa. ¿Cuándo hubiera llegado el misterio de la purísima Concepcion á la gloria de ser tan venerable en la iglesia, si un Escoto no desatara de su len-

gua en Paris un rio de sagradas persuasiones , para inundar á cuantos sentian con menor piedad de la original pureza de María? ¿Cuántas veces hubieran sido profanados por los bárbaros los lugares santos de Jerusalem , si no fuera por los hijos de san Francisco , que los mantienen con veneracion á costa de sus fatigas y su sangre? ¡Pobre pesebre, donde el amable Jesus dió los primeros suspiros sobre el heno! Sobre él se apacentarian los brutos, si no hubiera hijos de san Francisco que le defendieran. ¡Triste sepulcro, donde fué depositado el destrozado cadáver del Salvador! Ahora seria el escarnio y la burla de los mahometanos. ¡Pobre imperio del Tíber! ¿qué seria de tantos millones de almas como tenias envueltas en la infidelidad, si los capuchinos atravesando tantos mares , viajando por tantos reinos , y exponiendo millares de veces su vida , no te hubieran llevado la luz del Evangelio? Pobre reino del Congo, desdichados reinos de Nepar y Angola, pobre Mesopotamia, infeliz Persia, pobre mundo, si... ¿Pero á dónde me lleva la verdad de unos hechos tan constantes? ¿Pretendo yo acaso contar las estrellas del cielo, las arenas del mar, las hojas de los árboles? Tan imposible como esto seria sin duda referir los frutos que esta religion ha producido en la iglesia; y es tan evidente lo que acabo de deciros, como que mi seráfico padre san Francisco llenó exactamente su ministerio de reparar la iglesia con su vida, sus ejemplos, sus virtudes, su predicacion, su regla y sus hijos: *Vade, Francisce, repara domum meam que labitur.*

Y bien, amados míos, ¿qué nos manda Dios, y qué hacemos nosotros para obedecer al mandamiento de Dios? Dios nos manda renunciar con el afecto todas las cosas que poseemos para ser discípulos suyos; y en lugar de desprendernos de ellas como san Francisco, buscamos otras de nuevo, sin satisfacerse jamas la avaricia de nuestro pobre corazon: Dios nos manda huir de la deshonestidad, y nosotros en vez de huir de los malos pensamientos como san Francisco, abrazádonos con la nieve, arrojádonos en el fuego, ó revolviéndonos en las zarzas, buscamos las ocasiones de perder la castidad, damos libertad á los sentidos, y vivimos con frescura en medio de los peligros: Dios nos manda dar buen ejemplo al prójimo en todas las cosas, y nosotros en vez de manifestarnos como san Francisco, humildes, mansos, modestos, laboriosos, aplicados, escandaliza-

mos al prójimo con nuestra ira, nuestra soberbia, nuestra ociosidad y nuestra disolucion. ¡Ay, amados de mi alma! Mirad lo que haceis, mirad como vivís. Tened siempre en vuestro espíritu estas admirables palabras que nuestro seráfico padre san Francisco tenia frecuentemente en su boca: «El deleite es breve, « la pena perpetua, el trabajo poco, la gloria infinita: muchos « son llos llamados, y pocos los escogidos. » Con ellas exhortaba el santo á sus hijos, y con ellas os exhorto yo á vosotros para que consigais la gracia y para que alcanceis la gloria. Amen.